

La historia solo te recordará a ti

*"Cualquiera puede hacer historia;
pero sólo un gran hombre puede escribirla".*

Oscar Wilde

Es el primer rayo de sol lo que te despierta.

Todavía no es el sol ardiente propio del verano en el que os encontráis, porque apenas raya el alba, pero sabes que en breve el día traerá el calor acostumbrado a estas tierras bañadas por el exiguo río Segura.

Aún sin enfundarte en tu armadura oteas el horizonte. Sabes que hoy será un día glorioso, que las crónicas recogerán lo que va a ocurrir con la grandiosidad de un héroe, como aquel griego que siendo adolescente te han relatado tus escribientes (Odiseo, el príncipe de Ítaca).

Preparas con celo el atuendo. Has dejado para este momento glorioso el peto que viene traspasado por las cuatro barras que denotan tu origen. Solo lo usas en días como este, en los que vas a certificar la conquista de un nuevo territorio. Han sido muchas las ocasiones: Mallorca, Menorca, Valencia... En todas ellas, tu insignia reluce y provoca la admiración de los vasallos, anhelantes de que los amparen bajo tu fuerte brazo y tus amables colores rojos y dorados.

El clarín anuncia el momento de aparecer ante tu tropa y cuando cruzas el umbral de tu tienda, un compacto sonido de espadas inaugura el saludo respetuoso que todos te rinden. Los pendones ondean movidos por el viento de la victoria.

Todo es un escenario preparado para la gloria y el triunfo.

"Por Dios Todopoderoso y por Nuestro Señor Jesucristo, hoy, bienaventurado día de las Santas Justas y Rufina, entraremos victoriosos en la villa de Orihuela. No temáis a la dura contienda, ni a los pérfidos infieles. Nuestro corazón se mueve con la fe del que

murió en la Cruz para salvar nuestras almas. Si perecéis en el campo de batalla, no sufráis: vuestra alma descansará junto a los santos del cielo y a la diestra de todos aquellos cristianos que sumaron sus esfuerzos para dignificar esta cruzada contra quienes llegaron de las tierras impías de África.

¡Venceremos!

¡Triunfaremos!

¡Seremos mártires eternos!”

Los gritos de furor de tus tropas ahogan algo estas últimas palabras, provocándote un leve sentimiento de pena, ya que eran las que más cuidadosamente habías preparado. Pero el rugido de tus valientes huestes te eriza la piel y te hace olvidar pronto el pequeño traspié en el final de la arenga.

Sin tiempo para más, das orden de iniciar la marcha. Estáis todavía a unas leguas de Orihuela, y no quieres llegar en las *vespras* del día, excesivamente calurosas y poco propicias para que el populacho de la ciudad se acerque a ver tu triunfante entrada.

Tras unas horas de camino, por fin te anuncian que el imponente castillo de Orihuela se atisba. Preparas a tus hombres y los alertas de la posibilidad de alguna escaramuza. Sabes que los infieles están muy debilitados, pero eres consciente, por tu experiencia en el noble arte de la caza, del peligro de un animal herido. Avanzáis con cautela, midiendo cada paso como si fuese una conquista irrenunciable, definitiva. Sorprendentemente, solo os encontráis silencio, demasiado, piensas.

Al llegar a la primera puerta de la ciudad, la hallas inusualmente desprotegida. El día está ya muy avanzado para que sea un descuido provocado por la fatiga nocturna. Hablas con tu hombre de confianza, el Conde de Calatayud, ese que te ha ayudado desde tus primeras batallas y que daría no solo su vida, sino su alma por salvarte. Le

confieras tus recelos, el extraño escenario que te encuentras. No esperabas una fiera oposición, pero tampoco un paseo triunfal...(al menos, al principio).

Tras un pequeño debate, decides, aconsejado por tu noble amigo, avanzar por los primeros callejones de la ciudad. Las casas, están como ausentes, envueltas en un silencio que solo rompen las cigarras. El traqueteo de los caballos lo inunda todo. Los pasos firmes y tensos de las tropas se extienden por cada rincón de la villa como una ola que invade la arena de la playa.

Has cruzado buena parte de Orihuela y la extraña sensación persiste. Llegas junto a la mezquita mayor. No hay moecín que anuncie ningún rezo, ni impíos musulmanes que busquen la orientación idónea para iniciar su rezo. Todo es un decorado inesperado para ti. Tanto que reclamas la presencia de David, el sagaz judío que registra con pulcritud tus hazañas.

Le comentas que en sus escritos adorne esta entrada; que recoja la dureza y fiereza del enemigo desde que llegasteis a la muralla; que haga hincapié en su hostilidad y defensa a ultranza de su falso Dios y de sus ponzoñosas creencias. Le pides que explique cómo tuvisteis que forzar la entrada a la mezquita, donde más de cien musulmanes se hicieron fuertes invocando palabras inteligibles de misericordia divina. Le exiges que describa una feroz escaramuza en el templo, culminada por la imposición de la cruz en el minarete, ante el estupor y clamor general de toda la cristiandad de la villa. *“Demos gracias a Dios y a Don Jaime, nuestro salvador...”* es la frase final que adornará, como es debido, este insigne momento de la conquista.

David toma nota de tus órdenes y tu ejército, algo más relajado ya, continúa su camino en pos del castillo. Se dirigen al barrio del Rabal Rojo, para desde allí preparar el asalto definitivo. Llegando a sus primeras estribaciones, unos ruidos inquietan a los caballos. Los hombres embrazan sus escudos, se embozan en sus capas y adoptan una

actitud beligerante. El miedo llega en forma de sonidos imprecisos. Un soldado espontáneamente comienza el rezo de un *Padre nuestro*. Todos lo repiten con solemnidad para sus adentros. El ruido es cada vez más cercano, más patente, más atosigante... hasta que por fin, se descubre su origen: una turba de campesinos vitorean a alguien.

Piensas que es a ti, (¿a quién si no?), pero te extraña que lo hagan sin dirigirte sus miradas, casi de espaldas. Rápidamente, percibes que no es para tu persona esta muestra de júbilo del populacho, sino que van dirigidas a un ser que se encuentra oculto tras todo el tumulto de personas. Inquieto (y algo indignado, hay que reconocerlo) pides que te dejen pasar, primero con delicadeza, después con más vehemencia al notar que la gente se muestra indiferente a tu nobleza y a tu rango. Al final, consigues situarte frente al receptor de los vítores, que lejos de portar una armadura y una barba poblada, lleva un vestido que enmarca la feminidad de su rasgos, culminados por una melena que el viento mece en una imagen propia de las mejores narraciones épicas que en muchas ocasiones te han relatado.

Disimulas tu estupefacción, o eso crees, porque el Conde de Calatayud te mira con un gesto que, como un espejo, refleja tu desconcierto. Dicen que esa mujer ha salvado la ciudad, que ha sido la heroína, que ha engañado a los musulmanes, que se ha reído de Aben – Mohor... Son tantos datos que tu mente, dispuesta hoy para tu triunfo individual, desconecta y se evade, centrándose en otros días más triunfantes (Valencia, Mallorca, Menorca...) en los que habías sido el héroe.

Estos pensamientos se interrumpen cuando te piden que acompañes a la Armengola (así la llaman, Dios mío, ¡qué nombre es ese!) hasta el castillo, para que, por fin, tras años de ocupación infiel, reine en él la cruz y el nombre de Cristo. No puedes negarte y solo te empeñas en que tu gesto disimule tu incomodidad. Como dice la Biblia, *los caminos del Señor son inescrutables...*

“En estas noches de julio, desde el castillo de Orihuela, se pueden percibir los aromas que la huerta deja tras una jornada de intenso calor. Es el momento de dejar que la brisa penetre en tu cabello, aliviado por fin del peso del casco, y de sentir que la vida no es solo lucha y religión.

La naturaleza te impone su calma y te da unos instantes para pensar en la posteridad. En ella, todo será distinto al día de hoy. En ella, tú serás Don Jaime I, EL CONQUISTADOR, EL SALVADOR, EL ENVIADO DE DIOS...”

Imaginas que a David, el sagaz judío que te hace de fiel escribiente, las mayúsculas le servirán para saber a quién tiene que situar como verdadero héroe de la hazaña de hoy. Él ya está acostumbrado a este tipo de enmiendas (te acuerdas de Valencia, Mallorca, Menorca...) en las que debe matizar quiénes han participado de forma decisiva en el acontecer de los hechos. Además, ¿cómo se le va a ocurrir situar a una mujer de heroína de la historia? ¿En qué cabeza (cristiana o judía) cabe tal dislate? No, David, sabe lo que tiene que hacer y seguro que con esas mayúsculas es suficiente. No hará falta recordarle que vive en la antigua *Sefarad*, junto a su mujer, Raquel, porque tú indicaste a las autoridades eclesiásticas que ambos eran buenos cristianos, arrepentidos judíos y que ya ni recordaban las enseñanzas de esos libros hebreos que, por supuesto, David no guarda en su casa. No, no hará falta que le recuerdes esto porque David sabe cómo se escribe la Historia, y es consciente de que un rango como el tuyo es siempre sinónimo de protagonista, como aquel griego, Odiseo, el príncipe de Ítaca.

Puedes estar tranquilo, te dices. Para la mujer, para la Armengola, que quede la leyenda, esas historias que el populacho cuenta junto al fuego.

La HISTORIA solo te recordará a ti. Sin duda.